II

Sobre la antigüedad y fundación de Cádiz

El problema de la antigüedad de la colonia fenicia de Cádiz y fundación de la ciudad ha sido puesto nuevamente sobre el tapete en estos últimos años.

En su artículo "Problemas de la colonización fenicia de España y del Mediterráneo occidental", inserto en el número LX de la *Revista de Occidente* (junio de 1928), el erudito profesor Bosch y Gimpera, después de examinar los más recientes estudios y descubrimientos, opina que hay que rejuvenecer en unos doscientos o trescientos años la edad de Cádiz, ordinariamente fijada en unos mil ciento antes de J. C. El señor Bosch ha insistido posteriormente en sus puntos de vista en una conferencia.

Antes de discutir la conclusión del docto profesor de Barcelona conviene lanzar una rápida ojeada sobre el estado anterior de la cuestión.

La fijación de la fecha de la fundación de Cádiz se basa en el testimonio acorde de varios historiadores antiguos: Timeo da la fecha de la fundación de Utica doscientos ochenta y siete años antes que la de Cartago (*De mirab. ausc.*, 134) y la de ésta treinta y ocho antes de la primera Olimpiada (Dion. Halicarn., I, 74). Utica es sincrónica de Cádiz según Veleio, 1, 2, 4. En la concatena-

ción de estos datos tenemos, pues, un posible cómputo que da la fecha de 1101 a. de J. C. Otros autores dan noticias que convienen con esa fecha: Mela, III, 6, 46: *annorum quis manet (templum) ab Iliaca tempestate principia sunt.* Análogamente Estrabón, 48, que también sitúa el hecho poco después de la caída de Troya.

A qué tempestad se refiere Mela lo aclara el texto casi contemporáneo de Veleio, que es al mismo tiempo el más explícito y contundente en la cuestión que nos ocupa:

Anno octogesimo post Troiam captam, centessimo et vicesimo quam Hercules ad deos excesserat, Pelopes progenies, quae omni hoc tempore pulsis Heraclidis Peloponnesi imperium obtinuerat ab Herculis progenie expellitur... Peloponnesii digredientes finibus Atticis Megara... condidere. Ea tempestate ex Tyria classis plurimum pollens mari in ultimo Hispaniae tractu in extremo nostri orbis termino, in insula circunfusa oceano perexiguo a continenti divisa freto Gades condidit.

Ya se ve que el testimonio de Veleio es claro y terminante. Da una fecha por referencia a dos hechos conocidos (la destrucción de Troya y la invasión doria en el Peloponeso) y con relación a ella dice que los fugitivos hijos de Pelops, arrastrados por la tempestad y en la escuadra fenicia, llegaron a Hispania, donde fundan a Gades en nuestra isla, separada de la tierra firme por un pequeño brazo de mar.

Ahora bien, la invasión doria en el Peloponeso, los ochenta años después de la destrucción de Troya y los otros testimonios citados más arriba vienen bien con la data de hacia 1100 antes de J. C. y por esto esa era la fecha admitida para la fundación de Cádiz.

Toda la cuestión está en averiguar la fe que merecen los testimonios literarios. La crítica está conforme en considerar a Veleio Patérculo como autor sensato y fidedigno. Su afirmación rotunda, excepcional entre los demás historiadores clásicos, por lo que a nuestro particular se refiere, coincidente con los otros cálculos precisos de Timeo, inclinan a creer que conoció un dato cierto sobre su problema; pero claro está que todo el valor de su afirmación está en el valor de esta fuente.

¿Qué descubrimientos aduce ahora el señor Bosch que anulen o contradigan el único dato que hasta aquí poseíamos, el cómputo de los clásicos?

El señor Bosch analiza separadamente los textos y el material arqueológico.

Respecto a este último no encuentra nada más antiguo que el escarabeo de Psamético I (siglo VII), de Alcacer do Sal, en Portugal, que denote la presencia de los colonizadores orientales en nuestra península. Por este camino no podría, pues, probarse la presencia de los fenicios en España antes de esa época. En cuanto a las innegables analogías existentes entre las culturas cretense y micénica y ciertos hallazgos de España, principalmente las necrópolis tartésicas estudiadas por Gómez-Moreno, el señor Bosch, que sólo examina la colonización fenicia, prescinde en absoluto de este material. En cuanto a Cádiz mismo, no cree que los hallazgos gaditanos de que él se hace cargo (los de la Punta de la Vaca casi exclusivamente) se remonten más allá del siglo VI. Apoyándose en ciertos textos supone que el establecimiento de los fenicios en Cádiz fué precedido de dos ex-

ploraciones: la una a Sexi-Almuñécar, la segunda a Onuba-Huelva (Poseidonios). Es de notar que en la segunda expedición se habla de una isla de Hércules, que es muy probable que sea Cádiz.

El examen de los textos es más profundo y encierra algunas sugestiones interesantes y bien fundadas.

De ellas se deduce que desde los siglos VII-VI en adelante Tartessos está bien localizado en el estuario del Guadalquivir por el periplo fuente de Avieno y Gadir acaso aludida en el mismo texto, si no citada por su nombre, y de ahí en adelante atestiguada por otros autores.

En cambio del siglo VII para atrás la existencia de Gadir sólo puede apoyarse en el texto de Veleio, del que dice que es una cita tardía y de carácter erudito, cuya fuente se desconoce. En cuanto a Tartessos, su localización es igualmente dudosa antes del periplo, pues los textos bíblicos más antiguos sólo hablan de las *naves de Tarschisch* en el sentido de grandes navíos para navegación de altura, sin hablar del *país* y de sus productos hasta fechas más tardías. Esta oportuna observación no tiene más punto flaco que la de que el término *naves de Tarschisch,* aun cuando sólo indique navíos de alto bordo, presupone el conocimiento del país que da nombre a las naves.

Recoge en seguida la tradición transmitida por Herodoto de la nave del samio Kolaios arrojado por la tempestad sobre las costas de Tartessos y el texto de Euctemon, interpolado en el periplo, según el cual las columnas de Hércules no son dos peñas, sino dos islas, para hacerse cargo inmediatamente de las ingeniosas suposiciones modernas de Herrmann y Borchardt, según

las cuales, la primitiva Tarschisch y las columnas no estarían en Hispania, sino en la costa líbica a la altura de Túnez, adonde pudo ser arrojada con más verosimilitud que a Hispania la nave de Kolaios en su navegación hacia Egipto y que sólo más tarde, cuando los avances de la navegación por el Mediterráneo ponen el Oriente en contacto con el Océano, se lleva a cabo la localización de Tartessos en Andalucía, perdiéndose el recuerdo del primitivo país de Tarschisch entre las obscuras fábulas de la Atlántida.

Es digno de tener en cuenta a este respecto, aunque el señor Bosch no lo utiliza, el curioso texto de Hecateo, que conocemos por Arriano (*Anab.*, 2, 16), y que sería el único de los antiguos que rectificaría la creencia del Tartessos español:

Ἑκαταῖος ὁ λογοποιὸς λέγει, οὐδὲ ἐπὶ νῆσόν τινα Ἐρίθειαν ἔξω τῆς μεγάλης θαλάσσης σταλῆναι Ἡρακλέα. ἀλλὰ τῆς ἠπείρου τῆς περὶ Ἀμπρακίαν τε καὶ Ἀμφιλόχους βασιλέα γενέσθαι Γηρυόνην καὶ ἐκ τῆς ἠπείρου ταύτης ἀπελάσαι Ἡρακλέα τὰς βοῦς...

[Hecateo el logógrafo dice que a ninguna isla Eritheia (identificada con Cádiz) fuera del gran mar (mediterráneo) fué enviado Heracles; sino que en el país alrededor de Ampracia y de los Amfílocos vino a reinar Geryon y que de ese país sacó Heracles los bueyes...]

La consecuencia del señor Bosch es que nada podemos afirmar con seguridad ni con conocimiento de causa sobre Gadir, ni quizás acaso sobre un Tartessos español, antes de los siglos VIII-VII a. de J. C.

Aun reconociendo el interés de las observaciones reunidas por el señor Bosch Gimpera, séame permitido apuntar algunos reparos.

En primer lugar encuentro un argumento de fuerza contra el Tartessos tunecino: la costa de Túnez es el emplazamiento *casi necesario* de una factoría fenicia en la marcha hacia Occidente; pero esa factoría existió y es bien conocida: es Cartago y no Tarschisch. Antes de Cartago existió en aquel mismo litoral otra factoría fenicia, Utica. Pues bien, la posteridad confundió a Tartessos con Gadir, pero no con Cartago ni Utica: el Génesis, X, 4, cita a Elisa (Cartago) y Tarsis (Tartessos) como cosas distintas. Aunque hoy se discuta la antigüedad de este texto, nunca sería verosímil que al fundarse Cartago pierda la colonia su antiguo nombre y éste, en cambio, se traslade a una tierra lejana. El Tarsis lejano viene, en cambio, abonado por una serie de detalles bien valorados por Schulten: las naves de Tarschisch se citan en Isaías, II, 16, entre las cosas grandes y arrogantes que el Señor abatirá; son, pues, en su tiempo el prototipo de los navíos de alto bordo, lo que supone la navegación al más lejano de los países; dichas naves hacen el viaje una vez cada tres años (III Reyes, X, 22, II Paralip., IX, 21), prueba de lo largo del viaje; el país tartéssico estaba sometido a Tiro (Isaías, XXIII, 10 y 14), producía metales (III Reyes, X, 22; Ezech., XXVII, 12; Jerem., X, 9, e. a.), cosas ambas que convienen a España; el levante, el viento temible en el Estrecho, destrozaba las naves de Tarschisch (Salmo XLVIII, 8).

Por otra parte es impresionante el recuento de analogías entre la Atlántida de Platón y el Tartessos del periplo que hace Schulten en *Tartessos* (págs. 113 y siguientes), analogías tan explicables con un Tartessos atlántico como sorprendentes en caso contrario. Suponer todo el mito de la Atlántida pura invención de Aristó-

teles, como hace aún el más moderno de sus editores (Albert Rivaud), me parece contra todo buen sentido; lo natural es que la narración hecha a Solón por los sacerdotes de Sais encierre un fondo histórico. Ahora bien, los anales egipcios no podían contener la historia de una Atlántida sumergida en pleno Mediterráneo por un cataclismo prehistórico, pero sí podían conservar el recuerdo del pueblo tartéssico del extremo Occidente que había comerciado antaño con los egeos y que, por tanto, debieron conocer más o menos claramente los egipcios. La transformación de Tartessos en Atlántida no tiene nada de extraña si se considera que para llegar a Platón la tradición tuvo que sufrir las deformaciones que le fueran imprimiendo: 1.°, los navegantes egeos; 2.°, los analistas egipcios y los narradores saitas; 3.°, Solón, y 4.°, sin duda la misma fantasía de Aristóteles. De este modo no es de extrañar que Tartessos haya llegado a Platón transformado en esa Atlántida que sólo él conoció entre los antiguos. Así y todo, las coincidencias son importantes. Recuérdese a este efecto, a más de todo lo citado por Schulten, que la región gaditana es un país de marismas que las mareas, las avenidas y los temporales inundan aun en nuestros días; no sería difícil que fenómenos de esta naturaleza dieran nacimiento a la historia de la sumersión de la Atlántida: en la hipótesis de la Atlántida líbica, la leyenda de la sumersión es más difícil de explicar puesto que aquel territorio ha sido en todo caso cegado por las arenas y no invadido por el mar. En cambio en Estrabón, III, 5, 9, hay testimonio expreso de la invasión de las marismas gaditanas por las grandes mareas equinocciales aun en pleno siglo I antes de J. C. (Poseidonios).

En segundo lugar tenemos que mientras el señor Bosch acoge las más ingeniosas y aventuradas hipótesis modernas sobre un Tartessos no español, deja de lado, no sólo las ideas que acabamos de exponer, que abonarían la hipótesis contraria, sino todos los vestigios de la influencia egea en la arqueología española. Algunos de estos vestigios, como los famosos toros de Costig, se han discutido mucho; otros, como los dólmenes de cúpula, son demasiado sorprendentes para dados de lado. Refiriéndonos concretamente a Cádiz, es imposible prescindir del resultado que arroja la arqueología local; porque si es conveniente tener en cuenta las conclusiones más o menos seguras que se derivan de la exploración arqueológica del mundo antiguo, no es dudoso que la excavación del propio terreno discutido ha de ser de una importancia excepcional en la polémica.

Y en este punto el señor Bosch y los más significados arqueólogos tendrán que confesar que nadie en tan excelentes condiciones para hablar como los arqueólogos locales o, al menos, como el señor don Pelayo Quintero, que hace más de diez años viene explorando metódicamente y con fortuna el subsuelo gaditano. El ha visto con sus ojos lo que los demás sólo podrán conocer por someras visitas o por las noticias y descripciones del mismo explorador.

Pues bien, este señor afirma que es para él evidente que debajo del nivel arqueológico fenicio, representado por sepulturas de inhumación, orientadas de E. a W., de grandes sillares labrados, con cerámica y orfebrería fenicia de influencias griegas y orientales bien conocidas, aparece repetidamente otro nivel distinto y definido por otros sepulcros, también orientados y de sillería labra-

da, pero de modo distinto y no confundible con los del nivel superior. En ellos el cadáver no está recubierto con tierra y en su ajuar sólo figuran unas sencillas y típicas redomas y orfebrería de oro puro, sin estaño ni otra soldadura y de tipo distinto del fenicio; *hitita* ha escrito el señor Quintero, casi evidentemente sin razón, pero demostrando precisamente así, de un modo muy claro, su impresión al hallarse en presencia de un arte más arcaico, desconocido y que él ha tomado por hitita y que, verosímilmente, será egeo o quizás fenicio primitivo, de influencia egea o hitita (1).

Si esto es así, no hay duda que en Cádiz existe una necrópoli anterior al material fenicio-cartaginés del siglo VI para acá, de que se hace cargo Bosch.

Ahora bien, ¿a qué pueblo corresponde esta necrópoli? He aquí lo ignorado. El estado de nuestros conocimientos obliga a pensar en el reino tartéssico, cuya capital no estaba en Cádiz sino en la costa de enfrente, hacia la desembocadura del Guadalquivir; la isla gaditana juega sólo un papel de santuario, luego de fortaleza, puesto militar o avanzada del colonizador oriental frente a la capitalidad indígena. Así Avieno, 314-316:

---

(1) La existencia de este nivel anterior al fenicio-cartaginés en la arqueología gaditana es creencia firme y arraigada en su explorador señor Quintero quien así me lo ha confirmado al ser preguntado concretamente por mí en la preparación de este trabajo mostrándome al mismo tiempo en el museo de Cádiz la cerámica y la orfebrería extraída por él de cada uno de esos niveles. En honor a la verdad las piezas más antiguas que he visto no revelan por su sencillez un carácter egeo marcado, ni una clara diferencia *de estilo,* aunque sí de técnica, con las posteriores.

...ab arce qua diei occasus est,
Veneri marinae consecrata est insula
templumque in illa Veneris est.

No sabemos si este templo de Avieno lo sería de una divinidad indígena, identificada luego con la Venus anadyomene, o si sería desde luego obra de los colonizadores. De cualquier modo, la *Ora maritima,* según Schulten, ignora el mucho más famoso templo de Melkart-Hércules, localizado sin ningún género de dudas en Sancti Petri, que evidentemente cae dentro de las *Gades insulae* de los antiguos. Para el investigador alemán todo el pasaje referente al templo es una interpolación. Lo natural, sin embargo, es que dicho templo esté en el *fani prominens* que el periplo nombra en 261. La fortaleza del verso 314 también creo que hay que relacionarla con el *arx gerontis* del 263 y 304, que Schulten localiza en Salmedina, pero que quizás no es más que el más antiguo Cádiz, igualmente considerado por autores posteriores lugar del sepulcro de Geronte, e igualmente una fortaleza (1). En tales supuestos, e imaginando aun par-

---

(1) Corrobora esta opinión el texto de Atheneo: ... κριὸν μὲν ἔφασκον ὑρεθῆναι πρώτιστον ὑπὸ Καρχηδονίων ἐν τῇ περὶ Γάδειρα πολιορκίᾳ. Χωρίδιον γάρ τι προκαταλαμβανομένων αὐτῶν...
(...se decía que el primer ariete fué inventado por los cartagineses con ocasión del sitio de Gadir. Porque habiendo sido tomado con anterioridad un castillo...]

Sabido es que los cartagineses debieron ser los destructores de Tartessos. Para tal empresa tendrían que empezar por expugnar el *arx gerontis* que, según parece, era la fortaleza que defendía la capital por el lado del mar. A este hecho de armas debe referirse el texto de Atheneo; pero éste le llama *sitio de Gadir* robusteciendo

cialmente sumergida la zona de marismas entre Cádiz y Sancti Petri (láminas I y II), el *fani prominens* y el *arx gerontis* marcarían los extremos del *sinus gaditanus,* y como sabemos que para Avieno Tartessos estuvo donde luego Gadir, se explicaría perfectamente el verso siguiente de Avieno (265):

hic ora late sunt sinus Tartesii,

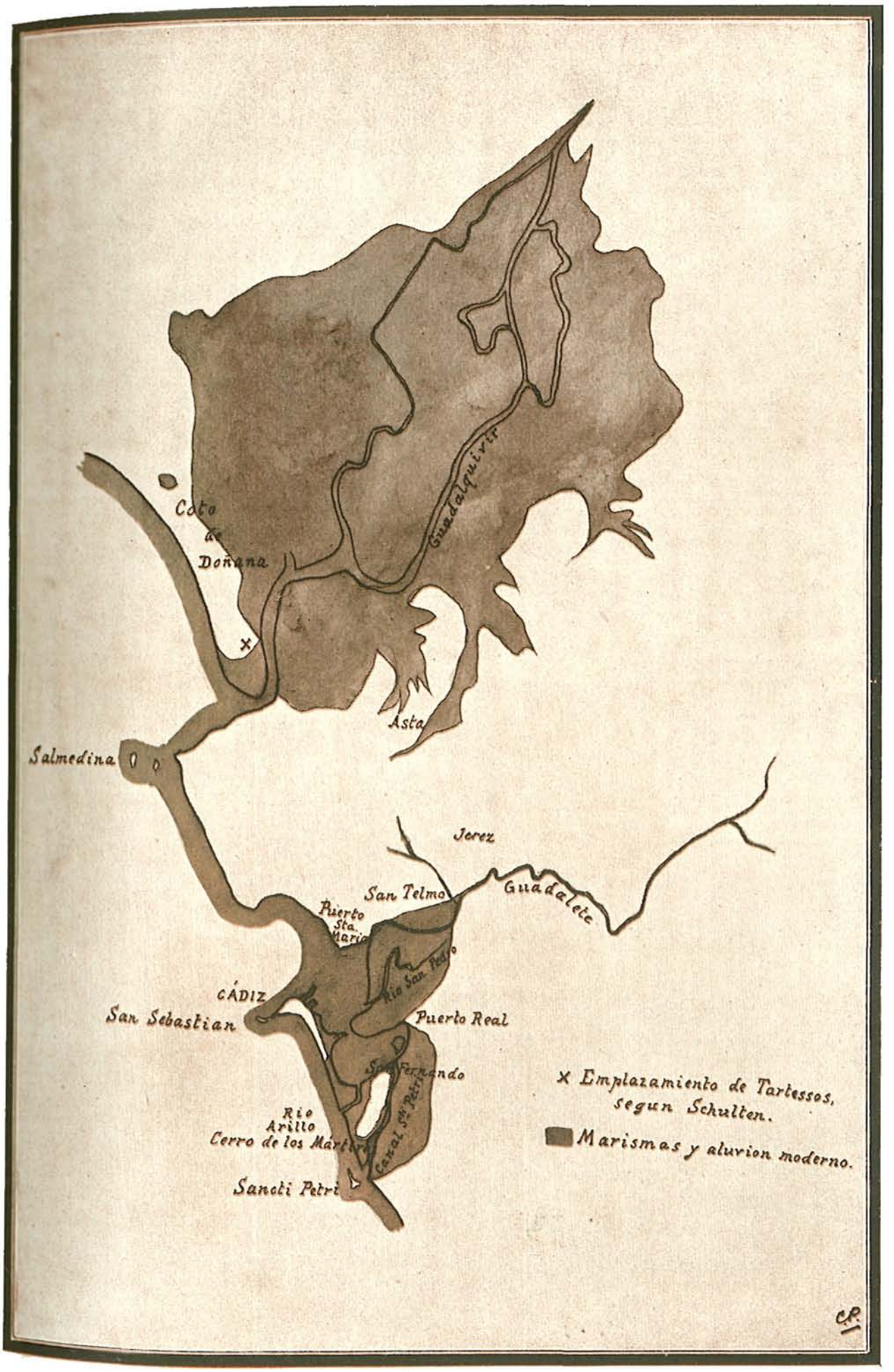
y la inmediata cita de Gadir (269 y sigts.). La cita de Gadir podrá ser una interpolación de Rufo Festo, pero lo que es evidente es que lo situa aquí, *hic,* a la entrada del *sinus,* el cual a su vez está aquí, *hic,* donde el *arx gerontis* que acaba de nombrar en 263. Según este modo de ver, los niveles arqueológicos más profundos de Cádiz y Sancti Petri deben, pues, corresponder respectivamente a la fortaleza y al primitivo templo del periplo. El nombrar primero el *fanum* y decir luego que el *arx* está más lejos (*eminus*) se explicaría porque siguiendo el litoral *antiguo* de la costa, el templo de Hércules se encuentra cerca y la isla con la fortaleza más lejos de la costa.

En el adjunto croquis, que reproduce la costa actual desde Torre Higuera hasta Cabo Roche (lámina I), se han sombreado los terrenos de marisma y aluvión moderno que no alcanzan cotas superiores a 3 ó 4 metros y que evidentemente estaban aún sumergidos en la remota anti-

---

nuestra creencia de que en la isla de Cádiz estaba necesariamente la fortaleza avanzada de los tartessios.

Schulten que propugna por la localización del *arx gerontis* en Salmedina tiene que considerar la palabra *arce* en el verso 314 de Avieno, como una interpolación (ver *Fontes Hispanie Antiquae,* 1). Para él en la isla gaditana no hay fortaleza hasta la Gadir fenicia.



Croquis de la costa gaditana desde Torre Higuera hasta Cabo Roche, mostrando los litorales antiguo y moderno.

Mapa de la bahía de Cádiz con indicación de la antigua configuración del litoral antes del depósito de los aluviones modernos.

güedad. Por lo que respecta al estuario del Guadalquivir, mi croquis concuerda con las conclusiones del geólogo Jessen, compañero de investigaciones de Schulten. En cuanto a la bahía de Cádiz, en la segunda lámina se indica con más detalle cómo han ocurrido las cosas.

En el antiguo estuario cuaternario del Guadalete los depósitos del río dan lugar a la formación de la zona de marisma, con las desembocaduras actuales del Guadalete propiamente dicho y del caño llamado Río San Pedro.

En la parte Sur de la bahía, resto del último trozo del antiguo cauce del Guadalete diluvial, los aterramientos se han producido del modo siguiente: los vientos y corrientes han arrastrado los fangos del río suspendidos en el agua hacia las concavidades de la bahía, dejando limpia en la parte occidental la actual bahía exterior. En la interior se van depositando los fangos a favor de la configuración del litoral y de la barrera rocosa natural Cádiz-Sancti Petri. Delante de Puerto Real continúan aún los enfangamientos de una manera rápida y bien visible, que no es más que la continuación del proceso descrito.

Las rocas de Cádiz y Sancti Petri, casi unidas a lo largo de las lajas que aun hoy se ven en bajamar víctimas de una continua e intensa erosión por ese lado, así como la isla de León con sus cotas de hasta 34 metros (Cerro de los Mártires) y 29'5 metros (Observatorio de San Fernando) son los restos de la gran barrera pliocena causante de todo el proceso moderno de marismas y fangos que queda descrito.

Quien con más detalle desee conocer este proceso puede consultar el luminoso trabajo *Cádiz y su bahía en*

el transcurso de los tiempos geológicos, Madrid, 1927, del culto ingeniero de minas don Juan Gavala y Laborde, seguramente el mejor conocedor de la geología de la provincia de Cádiz de cuyo mapa geológico ha estado encargado largos años. Las láminas adjuntas están trazadas de acuerdo con las conclusiones de dicho ingeniero.

En dicho trabajo se dice terminantemente: (página 27) "El hombre debe haber presenciado algunas de las modificaciones trascendentales que sufrió el estuario del Guadalete en los períodos más avanzados de su relleno cuando, colmadas las grandes depresiones submarinas, comenzaron los fangos a destacarse del nivel de las aguas y a cambiar la topografía de la costa. La emersión definitiva de los istmos de Sancti Petri y de Río Arillo, sobre todo la de este último, favorecida por la formación del cordón litoral a lo largo de la costa oceánica, *aparenta ser de época muy reciente.* Todavía en nuestros mapas se dibuja el Río Arillo como canal que comunica el Atlántico con la bahía, siendo así que su salida al mar libre está obstruída desde hace bastantes años." Y más adelante "a quien conozca la rapidez con que avanzan y crecen los rellenos arcillosos de los ríos en los lugares alejados de la corriente principal, no extrañaría que un testimonio fidedigno le asegurase que hace 4.000, 5.000 o 6.000 años surcaban los istmos de Río Arillo y Sancti Petri canales tan amplios y profundos como los que dan hoy acceso a la bahía de Cádiz", o sea, —añadimos nosotros— que hace unos 2.600 años, fecha del periplo fuente de Avieno, existirían seguramente aún grandes canales en Río Arillo y Sancti Petri; no tan importantes como se dibujan en la lá-

mina 1.ª que da el aspecto del final del período diluvial, punto de partida del proceso, pero sí muchísimo más caudalosos que en la actualidad, con lo que la bahía quedaría extendida desde Rota hasta Sancti Petri.

"La emersión relativamente moderna —continúa el señor Gavala— del istmo de Río Arillo y el azolvamiento más reciente aún de este caño explica, a mi juicio, el que los antiguos historiadores refieran que al arribar los fenicios a nuestras costas encontraran en sus cercanías *dos islas...*"

En los textos antiguos se habla siempre, en efecto, en plural de *Gades insulae*, τὰ Γαδέιρα. Que estas dos islas sean la de Cádiz y la de León me parece evidente para todo el que conozca la geología o meramente la topografía de la región y vanas todas las lucubraciones que se hacen en otros sentidos. En mi opinión el *fani prominens* y el *arx gerontis* que en el periplo marcan la entrada del *sinus tartessicus* corresponden respectivamente a Sancti Petri y Cádiz. Ya se ve que Cádiz cae más lejos (*eminus*) del continente que Sancti Petri. El nivel arqueológico inferior de Cádiz, anterior al Gadir púnico, debe, pues, corresponder al *arx gerontis* con el templo de Venus.

Schulten, que quiere que el *sinus tartessicus* sea la marisma del Guadalquivir, coloca el *arx gerontis* en Salmedina y el *fani prominens* en un lugar del Coto de Doñana a pesar de la absoluta carencia de evidencia arqueológica. En cambio la localización del *sinus tartessicus* (el de Avieno, por lo menos) en la bahía gaditana permite situar el *arx gerontis* en Cádiz como hace Avieno que, aunque sea interpolando, dice en seguida: *Gadir* hic est *oppidum,* y la forma *Gadir* en vez de Gades no

abona ciertamente la idea de una interpolación; en Cádiz situa el mismo Schulten el templo de Venus, que a su vez el periplo situa *ab arce*. De la misma manera es posible situar el *fanum* al otro extremo del *sinus* en Sancti Petri, donde realmente estaba el templo de Hércules.

Haré notar también que aunque el Guadalete es un curso de agua independiente del Guadalquivir desde épocas geológicas a que no alcanza la historia humana, para un viajero que no conozca el interior y que recorra la costa, el encontrar a pocos kilómetros de la desembocadura del Guadalquivir (la actual, única segura) otro gran estuario, puede inducirle a creer que se halla en presencia de otra boca del mismo río. Al Norte de Jerez hay todavía puntos en que la divisoria entre ambos cursos de agua es levísima. Este pudo ser el error del autor del periplo, y sobre todo de Artemidoro y de Poseidonios que parecen ser las fuentes principales de las dos desembocaduras.

En este supuesto hasta es posible encontrar las tres bocas por que sale el río en su desembocadura oriental según el periplo (en realidad el Guadalete; bahía de Cádiz) 1.ª, entre Puerto de Santa María y Cádiz, actual boca de la bahía; 2.ª, entre Cádiz y el Cerro de los Mártires, marismas y aluviones cortados aún hoy por el canal llamado Río Arillo resto de la boca antigua; 3.ª, entre el Cerro y la tierra firme, de la que es resto el caño de Sancti Petri, que aun hoy se divide en varios brazos, formando acaso las cuatro bocas (*ore bis gemino*) de la salida más meridional según Avieno. Sancti Petri, como Cádiz, tendrían por el Sur más extensión que hoy día debido a la continua erosión del mar por ese lado, contrariamente a lo que sucede en el interior de

la bahía. Entonces, debiendo buscarse a Tartessos poco antes de la desembocadura de este brazo oriental, habría que situarlo hacia Jerez, al fondo del estuario cuaternario, en la divisoria de aguas entre el Guadalete y las marismas del Guadalquivir. Al Norte de Jerez y al borde de la marisma de *las Mesas,* la más interior del Guadalquivir, se encuentran las ruinas romanas de Asta, cuyas capas arqueológicas están inexploradas. Para la dificultad de que la Campiña de Jerez no es una *isla* recuérdese que la Biblia y Homero emplean corrientemente la palabra νῆσος para designar los pueblos del mar, sean propiamente islas o penínsulas de grandes costas. La misma Erythia es llamada en la *Theogonia* de Hesiodo, 290, περιρρύτῳ lo que hoy llamaríamos verdaderamente *isla,* mientras que en 983, añadido probablemente en fecha muy posterior, se le llama ἀμφιρρύτῳ a la que sólo en sentido antiguo puede llamarse *isla*: un terreno que el mar *baña* pero no *rodea* es hoy una península pero no una isla.

Gómez-Moreno (*La novela de España*), basado en el material arqueológico español de tipo prehelénico sin continuidad geográfica ni cronológica conocida, supone a Hércules llegando por vía marítima al reino tartéssico en la época fabulosa. Este Hércules sería, en fin de cuentas, el único verdadero, el de las manzanas de las Hespérides y los bueyes de Geryón, primer colonizador oriental y civilizador de la región, responsable de las influencias egeas que dan las excavaciones españolas. Sus veneradas cenizas se guardarían en lo que luego fué, por eso, templo fenicio de Melkarte y por último del Hércules romano, en Sancti Petri.

La clave del enigma sólo puede darla la excavación,

jamás intentada, del fecundo suelo de Sancti Petri y la vecina prominencia del Cerro de los Mártires. Sancti Petri ha entregado casi espontáneamente restos romanos demostrativos de que allí, en efecto, estaba el templo, que sabemos que aún se conservaba con todo su prestigio en los días de César. La invasión de las aguas del mar en la mayor parte del paraje (1) es la única causa que mantiene sin realizar una exploración, de la que es legítimo esperar resultados sorprendentes.

Dado el carácter sagrado de estos lugares, nada tiene de extraño se dedicasen a enterramientos, aun sin existir verdadera ciudad; en Cádiz ya sabemos que estaría la fortaleza de Geronte y, por otra parte, nada impediría que alrededor del lugar sagrado de Venus se hubiese desarrollado, como en otros santuarios, algo a modo de población.

De todos modos, el nombre de Gadir (*nam* Punicorum lingua *consaeptum locum Gadir vocabat,* Avieno, 268; *Gadir saeptam,* S. Isid., *Orig.,* XV) indica la fortaleza *fenicia;* en este sentido, pues, cuando los tirios plantan una ciudad cercada en la sagrada isla, aun cuando ésta estuviera ya habitada anteriormente, el historiador pudo decir con propiedad *urbem ibi condidissent.* De esta ciudad cercada, de la Gadir *fenicia,* es de la que en todo caso podrían aceptarse las rectificaciones del señor Bosch. Y si, en efecto, los cómputos de Timeo

(1) Repetimos que en Cádiz el mar *come* a la tierra por el Sur, todo ello a la vista de los ojos más profanos. Dígalo si no el Ministerio de Fomento con sus continuos desembolsos para reparos de la zapata de las murallas Sur de Cádiz y para dragados en la ría mientras que en la bahía los aluviones de los ríos *se comen* al mar, del Guadalete y otros puntos de la bahía.

y Veleio fuesen de dudosa credibilidad, la rebaja de la fecha de la ciudad tiria en unos trescientos años podría tener fundamento. Téngase presente, sin embargo, que la ruina del poderío egeo hacia el siglo XII a. de J. C. permite a los fenicios recoger el dominio del mar que los cretenses dejan vacante y, en esas circunstancias, la fundación de la fortaleza gaditana en 1100 como punto de apoyo y término de su navegación es un hecho necesario. Parece probable que si los tirios empiezan a ser dueños del Mediterráneo hacia 1200, las expediciones de que nos habla Poscidonios-Estrabón a Sexi, a las proximidades de Onuba y por último a Cádiz (fundación) se sucedan en el transcurso de una generación y no en trescientos o cuatrocientos años.

CÉSAR PEMÁN.